

Núm. 11

2 reales

EL SEMANARIO.

Lima: viernes 9. de setiembre de 1814.

7.º del reinado de FERNANDO VII. y 3.º de la Constitución.

AMENIDADES.

Elogio de la nacion española pronunciado por D. Felix Devoti, en la universidad de S. Marcos, el día 4 de junio de 1814.

Jamas se ha propuesto en esta academia un objeto mas grande ni mas digno de la eloquencia de sus oradores: jamas me he presentado en ella con tanta satisfaccion á llenar el delicado cargo con que U. S. tantas veces me ha honrado, como en el dia en que reuniendo mi voz á la del colegio de San Fernando, para elevar á la gran nacion española esta ofrenda literaria, puedo expresar libremente los sentimientos de mi gratitud, admiracion y respeto. Hablo con mi corazon: no dexaré de ser elocuente. Hablo en un tiempo en que todo respira el júbilo y el entusiasmo: mi discurso no dexará de agradar. Esta es la hora en que el suspirado rey vuelve triunfante al seno de una nacion que por su heroica constancia desde el abismo de la miseria, se ha elevado al mas alto grado de gloria. ¡Ah! porque una inmensa mar nos retarda aun tan agradable noticia? ¡Ah! porque nos aparta de una perspectiva tan hermosa y tan grande?

Incomparable, mejor diré portentosa nacion! Los reynos todos paralizados por el poder de la Francia, aprendieron de tí, á resistir á sus victoriosas falanges. ¿Qué hubiera sido de la Europa, del mundo entero, si tu no hubieras opuesto un muro inexpugnable á su ambicion feroz y destructora? Las naciones encadenadas vilmente al carro de la tirania, y la humanidad oprimida llorarian su degradacion sobre montes de mutilados cadaveres. Temblaba aun la Alemania con la infausta memoria de Aya-

terlitz. La Prusia habia desaparecido en los campos de Jena: y el ruso amedrentado en Friedland, ocultaba su abatimiento en los helados climas del norte. La misma Albion tan guerrera y magnánima, enmedio de sus inmensas esquadras, temia por sus propios hogares amenazados á todas horas desde Boulogne por las formidables huestes de su implacable enemigo. Tu firmeza conjuró la tormenta. Por tí cayó la máscara á la impostura, se disipó la illusion, y el formidable coloso ya bambolea en el borde del precipicio que le abrieron tus manos. Apenas podrán los siglos venideros conciliar la historia de tus pasadas desgracias con la de tus glorias presentes. La Europa te aclamará por su redentora y maestra. Y serás en todo tiempo el modelo de la heroicidad y constancia.

¡Hombres pusilánimes, que abandonasteis la patria, desesperando de su salvacion; y creisteis vileza lo que era sufrimiento propio de su moderacion y lealtad! vosotros no contabais con esa inalterable constancia que distingue al generoso Español, constancia que no se abate con las dificultades, que se exaspera con el engaño, crece con los peligros, y que á manera del fabuloso Anteo, cobra fuerzas en sus mismas caidas. No entró en vuestros cálculos aquella religion siempre pura que reúne la voluntad universal de los pueblos, los arma, los entusiasma, y los hace invencibles. ¿Y qué no podía esperarse de una nacion cuya sana moral ha sido siempre el baluarte contra las máximas seductoras de la falsa y vana filosofia, de aquella filosofia que ha esparcido en el mundo el funesto germen de la discordia? Que no podía esperarse de una nacion que muestra la sublimidad de su genio, quando de improviso rom-

pe las cadenas de la opresion en Aranjuez, Cádiz y Málaga, se lanza sobre sus tiranos, hiere su victima; y sin excederse de los límites que se ha propuesto, no se degrada, pero en medio de su furia se humilla á la voz de la religion y de las leyes? Este solo hecho, hecho que carece de exemplo en las historias, bastaba solo para caracterizar la grandeza de un pueblo que, si sabe vengar sus agravios, sabe tambien ser noble en sus excesos, y respetarse á sí mismo. Este solo bastaba para pronosticar desde entónces sus glorias futuras.

Era necesario que llegase la España al extremo de la opresion, para que sin desmentir el carácter de leal, cobrase al fin su energia: así como la polvora que quanto mas se comprime, tanto es mayor su fuerza, y tanto mas formidable su estallido. Bien pudo endurecerse en la miseria baxo el dominio de sus legitimos reyes; pero apenas la tirania le intima la esclavitud, quando responde: *la libertad, ó la muerte. Muerte ó libertad* contestan las provincias todas con la celeridad misma del rayo. Y ¿qué es la muerte para un español, si se compara con la ignominia? ¿Para qué prolongar por pocas horas una penosa existencia, si han de pasarse en el abatimiento y deshonor? La vida es nuestra, pues que la patria nos la presta; pero deja de serlo, quando la misma patria la reclama y exige. Al espantoso grito de la venganza, el pacífico labrador dexa el surco imperfecto, abandona el arado, y corre á las banderas. La cansada senectud le exóita, mueve inútilmente su débil paso para seguirle, y la exáspira su impotencia. La tierna esposa arma con su propia mano al joven consorte. *Marcha*, le dice, *á defender tu religion y tu patria*. El cielo protege la justa causa: tambien protegerá mi existencia y mi honor. *Marcha: pero vuelve con gloria al tálamo nupcial; besen tus hijos tus manos aún teñidas con la sangre enemiga; que esta se imprima sobre sus tiernos labios; que se confunda con la leche materna; y que beban con ella odio eterno á la Francia*. Todo respira el entusiasmo y el honor: el débil sexó prepara los uniformes; unos aprontan las armas enmohecidas; y otros las forjan. En to-

das partes se adiestra el soldado. Nada se oye, sino el grito marcial. Con él alternan los canticos de la patria; y los niños responden: *guerra! venganza!*

El valiente Castafios corre á impedir la victoriosa marcha de Dupont: abate en Bailen por la primera vez á esas aguilas altaneras felices hasta entonces, porque no habian aun medido sus garras con el leon de Castilla. ¡Patria dichosa! ¡Si así como supiste vencer, hubieras sabido aprovecharte de tus laureles! Pero no: no serian tan grandes tus glorias, si se debieran á una sola batalla. Mayor triunfo te reservan los cielos: triunfará tu constancia, y serás el pasado de los siglos.

El infatigable catalan se llena de gloria en las líneas de Llobregat; y el intrépido Palafox dexa escarmentados, en Zaragoza, á sus pérfidos agresores. Una débil ciudad sin fortificaciones detiene todo el impetu de la Francia. Cada punto es una trinchera, cada casa una fortaleza, en cada palmo de terreno se trava el mas sangriento combate. Las mugeres se abalanzan á las líneas, á ocupar el puesto de sus difuntos esposos; y los niños animados por el exemplo, corren sin temor por las filas, y suministran las armas. Se cansa y desespera Lefebre: triunfa Lannes al fin; pero triunfa de un cúmulo de escombros, y de heroes espirantes. Cae la gran Zaragoza: no se rinde á las armas: la peste asoladora y el hambre han decidido su suerte. Y tú inmortal Palafox: marcha en hora buena prisionero á la pérfsida Francia; dí á esos pueblos alucinados la sangre que ha contado una estéril conquista; presentate á su déspota, y le verás avergonzarse. En tanto que él advierta en la serenidad de tu rostro, el noble orgullo de la virtud; tu advertirás en el suyo la tímida palidez de los tiranos que obscurece su frente, aunque adornada del diadema imperial. Sus cortesanos decidirán qual de los dos merece mas respeto, qual de los dos es el vencedor ó el vencido.

Nuevos torreates se precipitan de lo alto de los Pirineos. Venga la Francia toda: España no teme. Podrá ser oprimida, pero no subjugada. Juró perecer mas bien que ser esclava: sus hijos jamas faltaron á sus juramentos. Ven-

ga Napoleón acostumbrado á señorearse en las eternas tierras del Norte: conquiste la capital, presencie estériles triunfos; y en la constancia española, vea su desengaño; y su futura deshonra.

Se repliegan los españoles en Tudela. El sabio Cuesta los reúne: y en Medellín los guía de nuevo al combate. La victoria ya coronaba su noble ardimiento, quando la envidiosa fortuna le impide cortar el laurel que ya tocaba con la mano. Prueba de nuevo las armas en Talavera: y estériles ventajas son el fruto de su pericia. La suerte frustra también en Almonacid el valor de Venegas. Bastaban tantas desgracias para atetrar á otra nación; pero no bastan para que desmaye la Española.

El asturiano y el gallego convierten sus fértiles campos en anchuroso sepulcro de sus tiranos. El sagaz La-Romana protege sus esfuerzos; y con la sangre enemiga, laban la mancha de su pasado descuido, y la profanación de sus templos. Aragón revive. Blake triunfa en Alcañiz. Gerona, la débil Gerona siete meses resiste gloriosamente á los mas valientes esfuerzos. Marchand huye en Tamames; pero al fin vence la fuerza: y en Ocaña todo se pierde, menos el honor. ¡Prudente Eguía! ¡quanta sangre se hubiera ahorrado, sino se despreciarían tus consejos! Perece en Ocaña la flor de la juventud; mas no perece la constancia española. Y así como en los uracanes se adiestra el piloto para vencer su furia, y navegar despues á mas remotas regiones; así la patria aprehende en sus desgracias, el arte que enseña á ganar las victorias.

Vuela entre tanto Alburquerque, y ampara la libertad entre los muros de Cádiz. Jamas la nación fué tan grande. Serena baxo el pavoroso estruendo del cañon, rodeada de inmensas é implacables huestes, proclama su soberanía; dicta leyes; y manda á las mismas provincias que aun domina su feroz enemigo. Redobla la Francia inutilmente su desesperacion. Cádiz es el escollo de la tiranía, el ante-mural de la patria, Cádiz desafía todo el poder de la Europa.

Bastó una sola derrota para decidir de la suerte del Norte: no bastan mil pérdidas pa-

ra atedrentar á la España. Mil guerrilleros, otros tantos Viriatos, no dexan un instante al enemigo en reposo: le arranean sin cesar de las manos el fruto de sus victorias: le quitan viveres, y municiones: le sorprenden en sus marchas: y siembran en sus mismas trincheras, el pavor y la muerte. El intrépido Empecinado hace temblar por su propia existencia, al intruso rey en medio de su corte. El incomparable Espoz y Mina tiene en continuo alarma á los numerosos ejércitos que dominan la Navarra. Sanchez entra en Ciudad-Rodrigo al punto mismo que ya capitulaba, como á Roma en otro tiempo entró el cónsul Camilo: corte á los Pirineos: bate á Druet: y obliga al orgulloso Masena á perecer de hambre y de miseria. Rovira sorprende á Figueras. Renovalet humilla, en los muros mismos de Pamplona, á la arrogancia francesa. El texó se eleva sobre su debilidad; abandona las usadas tareas; y empuña con valor el acero. Susana Clarentona acaudilla una partida de somatenes; hace prodigios de heroismo; y esparce en todas partes la consternacion y el horror. Cada español es un soldado: cada pueblo un ejército. Longa en Vizcaya, Merino en Castilla, el médico en la Mancha, y otros mil esforzados partidarios cansan al enemigo que no halla seguridad en sus líneas, ni en sus victorias, y maldice el suelo que ha de ser su sepulcro. ¡Herbes inmortales! á vuestro esfuerzo generoso debe la patria su salvación: vuestra constancia sostuvo el entusiasmo nacional, desesperó á sus opresores, abatió su orgullo, desconcertó sus planes, y preparó las memorables victorias de la Albuera y los Arrapíles.

Despierta la Europa al ruido de las glorias de España; se cansa el cielo de permitir por mas tiempo el triunfo de la impiedad; y el ángel de la victoria baxa á poner en manos de los bravos castellanos la merecida palma. Marcha al frente de sus tropas esgrimiendo la espada exterminadora. Huyen delante de él las rapaces aguilas; huyen mustios los generales, detestando de la frenética ambicion que ha marchitado sus antiguos laureles. Los valientes hijos de Albion, y los españoles los siguen. Burgos y S. Sebastian inutilmente se obstinan para conte-

ner su rápida marcha. Los vencedores se precipitan tras ellos mas allá de los montes. Bayona y Bourdeaux las primeras, experimentan su justa venganza, y tiembla en su mismo trono el déspota sanguinario que era poco ántes el terror del mundo.

Acaso esta es la hora en que está derivado. Veinte años han sido necesarios para elevarlo, bastan pocos meses para abatirlo. La España há abierto el sepulcro á la tiranía. Jamas ha triunfado tan completamente de la fortuna la constancia, de la perfidia la virtud, de la impiedad la religion. ¿Pero será tan grande ahora la nacion, como lo ha sido en sus pasadas desgracias? ¿Será mas digna de admiracion la España guerrera y desgraciada, ó la España triunfante y pacífica? La Francia peleó por el falso ídolo de su libertad, y fué esclava: el grave y circunspecto español pelea por su libertad verdadera y será, si quiere, feliz. Y ¿qué es la libertad sino el derecho de conservar la augusta é imprescriptible dignidad del hombre, obedeciendo á la ley? A ese mutuo convenio de la sociedad y la razon fundado, no sobre los delirios de una abstracta filosofia, sino sobre el íntimo conocimiento del hombre, sus costumbres y sus pasiones? ¡Dichoso el reyno donde la ley no sufre interpretaciones que fomentando la arbitrariedad, fomentan tal vez los delitos! ¡Dichoso el reyno que no conoce mas distinciones que la del crimen y la inocencia! Allí el hombre virtuoso es protegido; y la espada de la justicia se descarga sobre el delincuente, sin esas inútiles y perniciosas demoras que propagan el vicio en las sociedades, como en el campo se propagan las perversas semillas por el descuido del labrador Inexperto. Que magnífica será la perspectiva de la España sentada sobre sus laureles, quando religiosa sin supersticion, libre y subordinada, sostenida por la presencia de un rey por quien tanta sangre ha vertido, sea el centro de la ilustracion, y llegue á educar en su seno aquellos genios extraordinarios que las grandes crisis políticas mandan á la opinion y á la fortuna. Entonces fuerte por su propia virtud, sin necesidad de brazo extranjero, será la arbitra de su felicidad,

y la medianera de las naciones. Entonces la imprenta libre é imparcial, velando en guarda de la ley, no será el instrumento degradante de privadas rencillas, sino el fiel intérprete de las publicas necesidades entre el pueblo y el soberano. Entonces los amigos de la humanidad y la justicia vendrán de todas partes á solicitar un asilo en la fértil España: y en ella vivirán en medio del placer, de la seguridad y el honor.

Discurso pronunciado por el D. D. Francisco Valdivieso en el congreso nacional.

SEÑOR:

Quando logré la distinguida honra de tomar asiento en este respetable congreso, creí que mi voz tarde ó nunca sería escuchada en él. La sabiduría de los individuos que dignamente lo componen me impuso el mas largo silencio: pero ha llegado el momento en que mi corazón sea el único dueño de mis acciones y mis palabras. Y en estos dias felices en que por medio de nuestras instituciones liberales, hemos destruido la antigua servidumbre, y dado un golpe de muerte á la opresion y al despotismo, no habia yo de ser un tirano de mi mismo. Hablo pues señor, hablo en presencia de vuestra magestad. Nuestro deseado Fernando pisó ya el territorio de la monarquía: viene á recibir de manos de sus hijos, mejorado el cetro de sus padres, cetro que aquellos le han ganado á costa de tantos sacrificios. Triunfó la nacion mas heroica del mundo: triunfó vuestra magestad: triunfaron los martires de nuestra gloriosa insurreccion. El tirano va á desaparecer de la tierra; para el resto de viles esclavos é infames asesinos de que se componen sus cobardes tropas, hasta qualquiera accion de nuestros soldados valerosos; y para sus maquinaciones y perfidias, unica y miserable defensa que le queda, sobra la sabiduría del congreso. La felicidad de la España es ya segura. El monarca que ha reconocido y jurado va á promoverla, sin perdonar fatiga ni desvelo. En el ejercicio de sus altas funciones, no olvidará que es un verdadero padre de los pueblos. A pesar del desastre y desolucion que advierta en las provincias, él se encuentra con una familia mas crecida. Si señor: el decreto de 15 de octubre de 1813, esa obra de justicia que llenará para siempre de gloria á sus autores, se lo hará conocer. Todos somos hermanos: todos gozamos del precioso título de hijos de nuestro rey Fernando. A su vista la madre patria levantará con mas esfuerzo su imperiosa voz, y será escuchada. Si señor: yo lo aseguro: será escuchada en todas partes. Venga, pues, quanto ántes nuestro deseado rey: venga á recibir el amor de los pueblos, que es el mejor presente que se puede hacer á un monarca; y venga en fin; como dijo el señor Canga-Argüelles pocos dias hace en uno de sus eloquentes discursos, á acreditar quan digno es de él, derramando lágrimas de gratitud y reconocimiento sobre las inmortales cenizas de Daoiz y de Velarde.

Lima: imprenta de los huérfanos:
Por D. Bernardino Ruiz.